

PEDRO PÁRAMO:
CLAUSURA DE UN PROCESO HISTÓRICO

Saúl Sosnowski
University of Maryland

«Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo.» Así rubrica el narrador de «Las ruinas circulares» de Borges¹ el no-fin de otro aprendiz de hombre. Las llamas que no laceran y que continuamente fundan nuevos templos para el dios del soñador invierten el sentido popular del «infierno». Los calores ceden ante la imposibilidad de sentirlos. Ser hombre es acusar el dolor, resistirlo, doblegarlo, o rendirse ante su acoso.

Sin alivio, sin humillación, con la expresión popular «morirse de miedo», Juan Preciado ingresa a otra variante del infierno. Su muerte es el acceso al conocimiento de las reglas de Comala; es, claro está, un conocimiento inútil cuando el abrazo terroso solo logra mantener el diálogo de los muertos que ya nada pueden ni necesitan anticipar. Ambas variantes prescinden de una continuidad verificable más allá de su enunciado; ambas ingresan al país de los simulacros. En el presente de la narración y de sus lecturas infinitamente re-creadas, los seres sin definición precisa son vislumbrados como anti-proyectos de un *golem*: desde siempre, o al iniciarse en la muerte, se delinean por lo informe de su masa, por esa quizá poco paradójica necesidad de adquirir límites precisos y perfiles definitorios. Decir «desde siempre» implica la ausencia de un proceso histórico (el punto de partida es farsesco: los hombres se reproducen mediante sueños, ruegos, e incantaciones mágicas); «iniciarse en la muerte» propone una historia previa. También apunta a otra reproducción, esta vez social e histórica, que no prospera al claudicar en la muerte de los hijos. Al abrirse a este espacio, la progenie que satisface la urgencia del deseo se proyecta hacia la continuidad de un sistema. Ignorar esta función o escamotear toda responsabilidad personal ante ella, no impide que ésta se desarrolle según parámetros históricos ajenos a la voluntad de la figura

paterna. Ignorar los orígenes, olvidarlos, y aun tratar de recuperarlos, puede ser un mero ejercicio de gratificación o cumplimiento de promesas que en nada adelanta la definición del buscador de sí mismo que desconoce el espacio que le corresponde.

La «ilusión» como fin, el «rencor» o la «maldad» como definición, dicen más del que los interpreta que de los animados por esas letras. También informan de un movimiento contrario a la proliferación y dispersión de los signos: la economía del relato sirve, además, para acusar la escasez de todo acto, la pobreza en que está sumida Comala desde que Pedro Páramo renunciara a su voluntad. Al llegar al fin de la historia solo cabe sumirse en la permanencia de la inacción, en el reducto de las tumbas, en la repetición invariable de los diálogos de los muertos, en la atención a murmullos que ya nada pueden agregar a ecos uniformes. Cabe entonces indagar las razones que han promovido esos múltiples silencios.

En el origen estaba la desobediencia, la desconfianza del padre, de Lucas, en la capacidad del hijo de hacer el bien, y la concentración íntima en un erotismo primario. Y es este erotismo el que acusa los únicos sentimientos de amor de Pedro centrados en Susana San Juan, símbolo fraguado de memorias, de artificios que la alejan de toda edad y toda vejez.² Este agregado de ideales también será consumido/consumado por la reducción a la locura, a la incapacidad de responder a Pedro Páramo. Es la presencia de un cuerpo inerte que sueña y roza goces ajenos a esa necesidad imperiosa que requiere impulsos ya ausentes a la voluntad de su cuerpo. El origen de su locura se remonta a la ansiedad incontenible de su padre, Bartolomé, por adquirir oro. Para él, Susana es instrumento de posesiones, medio y fin de una lujuria que recaba en búsquedas infructuosas. El descenso a las minas será en su último momento el descenso a una nueva tumba desde la cual sólo se elevará un lejano alarido de despedida. Ni siquiera en la muerte, el que fuera obstáculo para que Pedro tuviera a Susana podrá acercarse al diálogo de los muertos. Ambos, *padre e hija, son marginados por Pedro Páramo de esa limitada versión de la inmortalidad que es conversar con los vecinos de la tierra.*³ Bartolomé siempre será un extraño en espacios que para él sólo podían producir tesoros; Susana mantendrá en su muerte los soliloquios que musitara en vida. Distanciada en la lejanía de las minas o alejada de los vivos en la cerrazón de la Media Luna, también en la muerte será marginada por Pedro Páramo entre muros que vedan su salida y mitigan su voz ante los otros. Quizá más que cualquier otro personaje, Susana es víctima de pasiones egoístas extremas que requieren de su cuerpo para acceder al placer de la posesión: tesoros y sexo se cancelan en la

locura que la cobija con los recuerdos del goce con Florencio, su marido. Esa es la única distancia que Pedro Páramo jamás podrá cubrir.

Insisto en la posesión, en la incapacidad de Pedro Páramo de fijar límites al deseo de poseerlo todo: tierras, hombres, gratificaciones inmediatas; en su capacidad para manipular perdones eternos y procesos históricos; en ser hijo de su propio deseo, es decir, un deseo incontenible que se transforma en «rencor vivo» al agotarse ese deseo. Y como en tanta historia de amor, es la mujer inasequible la que pone en jaque su voluntad y la que logra clausurar su estirpe. Por ello Pedro Páramo se articula como figura de la desmesura. Solo puede manifestarse mediante los gestos rotundos que alteran el curso de los hombres y rubrican la muerte en la lectura de su legado.

No hay un solo pilar de la sociedad burguesa, heredada en la organización que le rinden su familia y la historia del país, que no sea vulnerado por Pedro Páramo. Acceder al poder es imponer el orden propio. La ley responde a su voluntad y a sus necesidades de expansión. Los límites de la tierra son abiertos para obedecer a esa «necesidad»; los marcadores se vuelven portátiles, los legajos judiciales meras excusas de la ratificación de la voluntad, el asesinato de los otros propietarios un simple ejercicio de la decisión de sobrevivir. La exaltación de la propiedad privada responde, pues, a un orden oligárquico que se detendrá en los extremos de la tierra, allí donde ya se puede erigir un lienzo de piedra que veda el acceso hacia adentro. La extensión del cuerpo adquiere una nueva piel que se matiza con nuevas propiedades; también con nuevas relaciones. Es fundamental recordarlo: el primer paso de expansión es a través del cuerpo: el sexo de Pedro Páramo paga deudas, adquiere documentos, toma posesión de las tierras. Su sexo siembra campos y puebla la tierra de Comala. La adquisición de la tierra se consume «a lo macho», en términos literales y bajo las acepciones que vulneran con la violencia todo espacio ajeno. Cuerpos y tierras se van sometiendo a su deseo, las distancias se van abriendo mientras crecen los cómplices, aquellos que acceden y ratifican esa sumisión.

Y es así que la exaltación de la propiedad privada lleva a la negación de la supuesta santidad del matrimonio y de la familia. Dolores Preciado no deja de ser un instrumento más que lanza a Pedro a su nueva etapa en el ejercicio del poder. Por ello, el hijo «legítimo» con apellido materno, Juan Preciado, que obedece el pedido final de su madre de buscar al padre, no se distingue de ningún otro; también por ello no se reconocen en la relación familiar Juan y el arriero Abundio, asesino de su padre. Toda relación iniciada por Pedro se abre a la arbitrariedad y se somete al imperio de la agresión. Pedro se ubica por encima de la ley desde el momento infantil y adolescente en que se aleja de sus abuelos hasta la matanza que venga la muerte accidental y errada de su padre. De este modo, Miguel Páramo pasa del abandono de tantos otros procreados

por Pedro a los privilegios de su clase y a la definición más precisa: ser hijo del patrón. Serlo permite encubrir crímenes, tolerar violaciones, sumar abogados a la complicidad, extremar las presiones sobre el representante de la iglesia, el padre Rentería. Todo se somete a la renta: el fruto ácido de Comala roe la ya falsa piedad y la prédica viciada del cura. En su casa también ha entrado el crimen: aun allí el asesinato y la violación son acatados con vagas ansias de venganza finalmente abandonadas a cambio del tintineo de monedas que resuenan a absolución final.

Los límites iniciados por la expansión de la propiedad son los que finalmente marcan el límite del orden de Pedro Páramo. No deja de ser llamativo (y no tan paradójico) que el lienzo de piedra al que he aludido antes sea el límite que también marca y clausura la continuidad del sistema. El único que posee el apellido Páramo se mata al lanzarse a una de sus múltiples aventuras. Y se mata intentando acortar las distancias que ha montado su padre. «Estoy comenzando a pagar. Más vale empezar temprano, para terminar pronto»⁴ es el testamento de Pedro al oír que su hijo ha muerto. Es la reducción del hecho al impacto que tendrá *sobre él*; es también la primera vez que acusa la existencia de un orden que excede su tamaño. La continuidad histórica del hijo «legitimado» se cierra sobre el crimen no logrado; se cumplen de este modo los vaticinios sobre la maldad de Miguel. En su velorio se reproducen los ritos de la pena y el alivio de los sobrevivientes. No existen posibilidades de inaugurar otro linaje. Los ilegítimos, es decir, los no-reconocidos por el padre, desconocen el sentido y el impacto legal de su origen y carecen de todo poder. El temblor de Juan Preciado sellará el último fin.

Frente al asesinato de Pedro Páramo tampoco caben aperturas. Este parricidio no implica un proceso de renovación por parte de los hijos. Es aún más enfáticamente el fin de todo este proceso. La genealogía se acaba con la semilla que engendra la legión de sus enemigos, y lo hace por partida triple: uno es el que lo mata, otros son los que lo desconocen, y es un tercero el que para hallar al padre y rechazarlo debe comulgar con la muerte. Buscar al padre y hallarlo muerto, o sea, enfrentarse a la imposibilidad de cobrar lo que ha quedado debiendo, agrega una frustración final a sus enemigos. Ya el primer encuentro de Abundio y Juan Preciado muestra que toda búsqueda bajo el signo mítico tradicional del anhelo de raíces o venganzas o reencuentros está frustrado desde sus inicios. La marca del desmoronamiento también impide la reconstrucción histórica. La muerte del hijo y del padre de Pedro están yuxtapuestas en su anuncio y en la recuperación de sus circunstancias. En la lectura, el origen y la descendencia de Pedro se ven reducidos a su propio perfil: pasado y futuro se conjugan en un presente inmediato que caduca al

acabar su enunciado. La proximidad de lo recortado en segmentos aparentemente inconexos subraya esta percepción y la imperiosa urgencia de rescatar de la ilación causal fragmentos de ecos que siquiera perduran en su parcialidad.

Desposeído de una continuidad personal, Pedro Páramo solo podría apostar a una perduración colectiva a través de la inscripción en la historia.⁵ Pero luego de haber violado todos los cánones formales, legales, que sostenían al régimen del porfiriato, Pedro Páramo se erige en representante de las figuras que justificaron los alzamientos. Mas tampoco los alzados están demasiado conscientes de las causas de la revolución. Ser definido por uno de los alzados (es notoria la ausencia del término «revolucionarios») como parte de los «móndregos bandidos y mentecosos ladrones» (p. 101) que junto al gobierno pagarán el cansancio de los que los soportan, lo lleva a mostrarse partidario de sus necesidades y aprovechar su ignorancia para mantenerse en el ejercicio de tierras y hombres. Regala una suma de dinero como acto propiciatorio, *peropresta* a sus hombres (p. 102) para aumentar un contingente que a partir de ese momento tiene viciado todo posible ideal de vindicación de causas justas. Pedro Páramo corrompe esta etapa de la revolución apelando precisamente a los atributos superficiales del levantamiento: hay apariencia de apoyo, apariencia de simpatía, tolerancia; también aprovechamiento del movimiento para ajustar cuentas con terratenientes vecinos y el impulso al saqueo de otra ciudad. Pedro se protege; promueve, como es de esperar, su supervivencia, y para hacerlo incorpora el regalo de casa y tierras al que contribuirá a mantener el curso de la historia lejos de sus límites.

«Ya te he dicho que hay que estar con el que vaya ganando» (p. 111) es el consejo que le da a Damasio: es el credo que rige el paso de un bando a otro; es también la frase que se desliza por el cansancio ante una historia que no comparte. Cuando los hombres se alejan, «Quedaba él, solo, como un tronco duro comenzando a desgajarse por dentro» (p. 112). Los alzados irán pasando de un bando a otro sin conciencia alguna de su sentido ni posición política. Carentes de toda ideología, pueden pasar de villistas a carrancistas para luego sumarse a los cristeros porque les gustaba «cómo gritan» (p. 122). Pero en esta etapa que ya no le pertenece, Pedro Páramo carece de toda voluntad. Los treinta años de espera para que regresara Susana San Juan se entretejen con la nostalgia; su arribo solo produce otras nostalgias que ella no puede ceder. Todo lo demás se sume en la lejanía del desinterés. Con la muerte de Susana San Juan, Comala deja de alimentar su prosperidad. Las campanas que anuncian la muerte y que por varios días repican promoviendo una alegría momentánea, ya no dejarán de anunciar la muerte hasta que cesen de sonar. El que había

animado al pueblo se cruza de brazos; Comala ingresa a los ecos de la muerte. Abandonada por su dueño, marginada del desarrollo de la historia, las tierras se vuelven baldías, los hombres recurren al abandono y a la esperanza cada vez más efímera de un fortuito regreso. Y el único que finalmente regresa lo hace para integrarse al espacio que rige a Comala: la muerte, el margen ardiente del terror ante la nada. Es la nada que marca el haberse excluido de la historia. Allí tan solo quedan ecos porque no hay quien oiga voces, no hay quien emita un enunciado categórico que permita deslindar planos. Se ha retornado al comienzo de los tiempos, a ese momento indiferenciado en que cohabitan la sequedad y el polvo, el primer momento posterior a la toma de conocimiento adánico.

Haber renunciado a la acción, a la participación en la vida propia; haberse sometido a la voluntad del otro; haber accedido a la muerte con el otro, ya importan una culpa primigenia. Claudicar y sumarse al diálogo de los muertos que evocan recuerdos es la opción a la que indefectiblemente todos llegarán; ejercer la culpa y re-crear el mundo es la alternativa al abandono de Comala y a la muerte en Comala. Solo una pareja de hermanos puede poblar el mundo, pero conociendo ya el tabú y la culpa. Y es precisamente este conocimiento - conocimiento que reiteradamente lleva a la muerte y al encierro - lo que impedirá que cese la perenne reducción de los hombres y sus territorios a datos parciales y defintorios que los aplanan. El peso de esta culpa finalmente conduce al abandono de la relación sexual, y éste a que la tierra permanezca fructificada por vientos estériles y sombras mortuorias.

Caracterizar a Comala como un universo caótico no promueve el deslinde de los niveles que lo organizan. Este es un espacio en el que se cuestionan las premisas básicas de lo verosímil realista - y de los fundamentos sociales que históricamente produjeron esa tendencia -yuxtaponiéndolo con otros planos de verosimilitud que impiden que sólo uno de ellos sea privilegiado con la certidumbre de una verdad categórica.⁶ Las múltiples lecturas que acechan desde los intersticios de los fragmentos, impiden todo sentimiento de seguridad ante versiones únicas y el afianzamiento del lector sobre datos verificables. Quizá la proliferación de estudios críticos sobre esta novela⁷ se deba, siquiera en parte al ansia (¿ansiedad?) de reconciliarse con aquello que cuestiona las premisas de lo racional al quitarle su rigor prominente de juicio autoritario. Pero en vez de remitir al texto al espacio donde comulgan todas las palabras de un solo gran texto, no deja de ser apropiada una lectura que reconoce la presencia concreta de un mundo corrupto, hipócrita, de denuncias veladas y de murmullos que pretenden impedir todo sonido diáfano.

Comala y sus referentes verifican la petrificación del poder y la caducidad de voluntades que se desmoronarían si cesaran de perpetuarse en sus múltiples corrupciones.⁸ No puede haber progresión en un espacio en que la historia ha sido clausurada, donde el hombre se ha vuelto literal y metafóricamente polvo. Tampoco hay posibilidad alguna de reforma o verdadera revolución donde el yo - hasta desprovisto de una conciencia de clase que nuclea a múltiples yoes - es el único centro de toda acción o inacción. Las opciones de ese mundo parecen canceladas. Sólo cabe la caída en los quejumbrosos motivos de la muerte ; la espera, vana quizá, del abandono de la culpa y de un nuevo comienzo que promueva otras opciones aun desconocidas.

NOTAS

1 Jorge Luis Borges, *Ficciones* (Buenos Aires: Sur, 1944) p. 73.

2 Es fundamental el estudio de María Luisa Bastos y Sylvia Molloy, «El personaje de Susana San Juan: Clave de enunciación y de enunciados en *Pedro Páramo*», *Hispanamérica*. VII, 20 (1978), 3-24.

3 En «Mugido, muerte y misterio: El mito de Rulfo», dice Carlos Fuentes: «Sin saberlo, ingresó desde niño al mito, a la simultaneidad de tiempos que rige el mundo de su novela. Ese tiempo simultáneo será su derrota porque, para ser el cacique total, Pedro Páramo no podía admitir heridas en su tiempo lineal, sucesivo, lógico.» *Revista iberoamericana*, 116-117 (1981), 14; ver también 17.

4 Juan Rulfo, *Pedro Páramo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1955). Cito por la edición de 1978, p. 72. Todas las citas corresponden a esta edición.

5 «... si estos hombres y mujeres se ven reducidos a vivir por dentro, sin tiempo, es decir, al margen de la Historia o bajo ella, y que si cuando *salen* a la Historia (es decir, a la acción que es vivir en el Tiempo), lo hacen siempre con violencia, ello se debe a que, por lo menos en parte, la Historia es el enemigo, lo que les ha obligado a encerrarse.» Carlos Blanco Aguinaga, «Realidad y estilo de Juan Rulfo», en *Nueva novela latinoamericana*, I, Jorge Lafforgue, comp. (Buenos Aires: Paidós, 1969) p. 112.

6 Cf. el lúcido análisis sobre la «colisión de los verosímiles» de Adam Gai, «Ironía y lirismo en la obra narrativa de Juan Rulfo», tesis doctoral, Universidad Hebrea de Jerusalén, 1980, pp. 173 ss.

7 Una muestra de esta proliferación de estudios en *Homenaje a Juan Rulfo*, Helmy F. Giacomán, comp. (New York: Las Americas Publishing Co., 1974). Otra excelente colección de estudios en *La narrativa de Juan Rulfo: interpretaciones críticas*, Joseph A. Sommers, comp. (México: Sep-Setentas 1974).

8 Cf. la ubicación histórica en la introducción de Jorge Ruffinelli a Juan Rulfo, *Obra completa* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977), p. xiv. Ver las declaraciones de

Rulfo sobre el PRI y su 'ignorancia' de la política en «Juan Rulfo examina su narrativa» (conversación con estudiantes de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1974), en *Escritura*, I, 2 (1976), 314-15.